
CAMPESINO, ARBOL E IGLESIA; UN PROYECTO DE REFORESTACION INTERMEDIADO POR LA IGLESIA

Gerald F. Murray*

Introducción

En estas páginas presentaremos un modelo de acción ambiental derivado directamente de la Antropología Cultural e implementado por casi 200,000 familias campesinas haitianas a través de una Iglesia activa y opuesta a la política agraria de un Estado duvallerista y post-duvallerista. La problemática motivadora era fundamentalmente pragmática: la desaparición de los árboles y la consecuente carencia de madera y combustible. Como este tipo de problema ocurre también del otro lado de la frontera, quizás el argumento antropológico y las medidas adoptadas tengan alguna relevancia, *mutatis mutandis*, para las iglesias y los campesinos de la República Dominicana.

Desde los años 40 las agencias de desarrollo en Haití asignan recursos para enfrentar este problema, pero por lo general entrega los fondos al Estado haitiano para que éste los maneje – con resultados predecibles. La Iglesia, comprometida activamente con el bienestar material campesino desde los años 60, pero sin modelos pertinentes en asuntos ecológicos o microeconómicos, se limita con frecuencia a lamentar la irresponsabilidad de los que destruyen los bosques y a predicar la necesidad de una nueva mística ecológica – loables mensajes piadosos, pero de baja utilidad para un campesinado empobrecido.

* Profesor en el Departamento de Antropología de la Universidad de Florida en Gainesville. El presente artículo fue escrito antes de que las actuales autoridades haitianas asumieran el poder.

Habiendo realizado investigaciones antropológicas entre campesinos en ambos lados de la frontera dominico-haitiana (e.g. Murray, 1977) y respondiendo a una invitación de la Agencia Internacional para el Desarrollo (USAID) a fines de la década de los 70, les recomendamos (Murray, 1979) un modelo antropológico de reforestación. Este modelo incluía dos elementos: (a) énfasis sobre la posible rentabilidad de los árboles en vez de los mensajes ecológicos convencionales; y (b) la reasignación de fondos, retirándolos de los gobiernos y recanalizándolos a través de las iglesias.

A pesar de su renuencia en otorgar fondos públicos a entidades religiosas privadas, USAID aceptó este modelo. Ya el AID había empezado a subvencionar varios análisis de los problemas ecológicos y de las potencialidades de financiamiento de diversos proyectos (Conway, 1979; Smith, 1980; Smucker, 1981; Zuvekas, 1978) y conocía la conducta predatoria del sector oficial. Asignaron U.S. \$8 millones para implementar nuestras recomendaciones y nos invitaron a dirigir las operaciones del nuevo proyecto durante los primeros dos años de su lanzamiento. El proyecto, financiado por cuatro años, empezó en 1981 con la meta de sembrar 3 millones de árboles en las tierras de 2,000 familias campesinas en el curso de 4 años. Pero debido a la acogida inesperada por parte del campesinado, el proyecto logró sembrar durante aquellos cuatro años alrededor de 20 millones de árboles, en el área ocupada por más de 15,000 familias campesinas. El proyecto volvió a recibir refinanciamiento y aún continúa operando, habiendo tocado hasta la fecha la tierra de casi 200,000 campesinos con unos 50 millones de árboles.

En este artículo nos proponemos tres objetivos:

1. Presentar las bases teóricas del proyecto. Esto implica una visión antropológica, no sólo de la realidad campesina, sino también del posible rol mediador de las iglesias en el ámbito ecológico y microeconómico.
2. Describir la metodología específica que utilizó, y sigue utilizando, el proyecto.
3. Discutir la posible aplicabilidad de esta experiencia para la República Dominicana. Por una serie de razones la siembra de árboles por campesinos dominicanos, y la participación de las iglesias dominicanas en la economía arborícola, procede más letárgicamente que en Haití.

El árbol, el Agricultor, y la Iglesia Marcos Teóricos Convencionales

Los problemas creados por la deforestación son grandes y muy serios en todo el mundo, pero sobre todo en países como Haití: la erosión, la degradación orgánica del suelo, la merma de rendimiento agrícola, la disminución paulatina del volumen de lluvias anuales, y la creciente escasez de combustible para la población rural son simplemente algunos de sus efectos más conocidos.

Arbol como amenaza. La mayoría de los proyectos de reforestación habían fracasado. Al campesinado -- el único grupo capaz de reforestar Haití -- no sólo no le interesaban los proyectos de reforestación, sino que les temían. No se trata ni de ceguera ni de ignorancia popular. Más que nadie el campesino conoce las consecuencias negativas de la falta de árboles. El peligro más grande, desde el punto de vista campesino era la posible expropiación. Muchos proyectos definían los árboles como propiedad del Estado, aún los árboles sembrados en terreno privado. El campesino temía que, una vez cubierta su parcela con tal vegetación pública, ésta pasase a ser bien público. De ahí su renuencia con respecto a la reforestación.

Frente a tal renuencia muchos proyectos se ven obligados a contratar equipos itinerantes para sembrar las plántulas, aún en contra de la voluntad de los propietarios. A su vez, para deshacerse de esa nueva vegetación amenazadora, los "beneficiarios" campesinos renuentes, sencillamente sueltan sus animales de noche, creando así miniproyectos clandestinos de engorde caprino. Y todos quedan contentos: el director del vivero, que logra distribuir tantas y tantas plántulas, los obreros que cobran sus sueldos, y el propietario de los chivos alimentados.

Estrategia gubernamental. Agreguemos a la renuencia campesina el factor de la incompetencia institucional. La mayoría de los bancos y agencias internacionales de desarrollo canalizan sus fondos de desarrollo a entidades gubernamentales que con alta probabilidad malgastarán los fondos. Tal selección obedece no sólo a presiones políticas sino también -- y desgraciadamente -- a una teoría antropológicamente inocente del Estado. En perspectiva antropológica el Estado nació hace unos 5,000 años como instrumento de actividad militar, de control político, y de extracción económica, no como entidad benévola de servicio social. Y aunque por razones históricas algunos Estados hayan desarrollado funciones de servicio, muchos Estados (como el haitiano) siguen fieles a sus propósitos evolutivos originales de extracción, de violencia institucionalizada, y de autoenriquecimiento. Las agencias de desarrollo mejor dotadas, sin embargo, operan bajo la

premisa empíricamente absurda de que un influjo abundante de dinero extranjero incentivará a un gobierno predatorio a comportarse como agencia social responsable.

Elementos de una Alternativa Antropológica

La alternativa antropológica que propusimos a USAID se basó en tres postulados teóricos derivados de la evolución cultural: (a) la deforestación como fenómeno evolutivo normal; (b) la familia campesina como posible protagonista local en la domesticación de la madera; (c) la posible transformación evolutiva de la Iglesia como catalizadora principal de la restauración de los árboles.

I. Evolución, deforestación, y domesticación

Los antropólogos utilizan el concepto de la evolución -- los cambios sistemáticos engendrados por adaptación a la presión externa -- para explicar no sólo los orígenes físicos, sino también las transformaciones diacrónicas en la conducta humana. Para colocar nuestra conducta deforestadora en un marco evolutivo, fijémonos en un proceso paralelo que sucedió hace unos 15,000 años, no con la madera, sino con los alimentos. En aquél entonces nuestros antepasados vivían de una economía mesolítica: de la caza de animales salvajes y de la recolecta de vegetación, también salvaje. Por una serie de factores -- incluyendo no sólo el clima sino también la improvidencia y sobreexplotación humana -- empezaron a escasear los recursos provistos gratuitamente por la naturaleza. Fue una crisis en el rubro del alimento parecida a la crisis contemporánea en el rubro de la madera: la sobreexplotación y desaparición paulatina de bienes otorgados por la naturaleza.

Cabe notar que la solución adoptada por nuestros antepasados **no fue una solución conservacionista o proteccionista**. No existe ninguna evidencia de que hayan bajado voluntariamente su nivel de explotación para proteger los recursos naturales. Más bien abandonaron la economía mesolítica y pasaron a una economía neolítica, sembrando cultivos (en vez de recoger la vegetación natural), y criando ganado (en vez de cazar animales salvajes). Es decir, empezaron a producir lo que antes extraían de la naturaleza. Tomaron el camino, no de la conservación sino de la domesticación.

De ese antiguo proceso pudimos identificar un paralelo clave para evitar planteamientos ecológicos utópicos. Propusimos a USAID que sustituyera, en lugar de un planteamiento proteccionista en sus proyectos silvícolas, el tema de domesticación, parecido al modelo neolítico que resolvió la crisis alimenticia. La problemática de la escasez de árboles

se resolverá, no cuando los hombres emplecen a proteger lo que la naturaleza les da, sino cuando lleguen a domesticar – sembrar, cosechar, emplear, vender, y resembrar – la madera como un cultivo más. Al igual que en el pasado, el camino evolutivo del futuro va dirigido, no a la protección, sino a la producción.

II. Etnografía del campesino haitiano.

Pero aún los conceptos abstractos, por atractivos que sean, tienen que adaptarse a contextos etnográficos concretos. Aunque al público le fascinan los cuentos macabros sobre el vudú, la vida rural haitiana se rige, no por las creencias religiosas, sino por el afán y la búsqueda de mejores niveles económicos. El patrón etnográfico más contundente del campesino haitiano -- un patrón que comparte con su contraparte dominicano -- es el empleo de un modelo doméstico de producción. En su economía agrícola comparten su mano de obra unos con otros. Pero ahí terminan las costumbres comunales. Cada familia sigue siendo dueña de los cultivos sembrados. Son pocos los que siembran conucos comunitarios (a menos que no sea para complacer a promotores foráneos con ideas románticas sobre la armonía fraternal campesina).

Pero practican este modo antiguo de producción con una variación antillana postcolonial. Lo hacen de una manera monetizada. Aunque reserven algo de la cosecha para autoconsumo, gran parte (en muchos casos la mayor parte) se destina al mercado. Su interés en la madera se nutrirá de la misma fuerza motriz. Por eso, aunque los amantes de la naturaleza prefieran temas más nobles, adoptamos como mensaje central el tema de la madera como cosecha campesina rentable, como buen negocio agrícola (carbón, postes, tablas) para la familia rural.

Antropología eclesiológica: Iglesia como intermediario

Los procesos evolutivos pueden acelerarse mediante el apoyo de instituciones dotadas de sabiduría y de recursos. Estas instituciones pueden funcionar como mediadoras: hay procesos (como la domesticación maderera) listos para ser puestos en práctica, pero vulnerables al bloqueo o al desvío sin una mano guiadora y facilitadora. Como el Estado haitiano (igual que muchos otros) mostraba poco interés en este rol, examinamos la trayectoria evolutiva de la Iglesia. Quizás ésta, con pequeños ajustes, podría transformarse en un intermediario principal del flujo de vida arbórea hacia las familias rurales.

La Iglesia en sus orígenes y en su esencia siempre ha sido un mecanismo de intermediación. Pero en su rol y su autoimagen tradicionales es medidora sobretodo de flujos invisibles de mensajes y de

ideas. A pesar de sus aportes materiales caritativos y benévolos, cuando se trata del desarrollo de los pueblos, aún las Iglesias modernas enfocan la canalización de ideas hacia la mente del pueblo más que el flujo de recursos materiales hacia su economía. Aunque una homilía hable de la justicia económica, sigue siendo homilía. Trasládado al rubro de los árboles, muchos representantes de las Iglesias, sinceramente interesados en la reforestación, restringían su rol a la exhortación ecológica moral o -- en algunos casos -- a la formación de grupos concientizadores. Sin menospreciar estas funciones, exploramos con las Iglesias un involucramiento más concreto en el drama ecológico.

El rol de mediador de actividades materiales ya no era cosa extraña para muchos grupos religiosos. Hacía ya décadas que muchas Iglesias en Haití habían agregado a sus funciones evangelizadoras nuevas funciones de apoyo material en distintos sectores -- educación, salud, desarrollo agrícola, y aún (en el caso de ciertas congregaciones católicas) formación de pequeños grupos campesinos. Aún así el asignar grandes cantidades de dinero a grupos religiosos iba en contra del modus operandi tradicional de USAID en esa época de los años 70. Sin embargo ya para el año 1978 (cuando se empieza a concebir el proyecto agroforestal) el régimen duvalierista había traspasado los límites de lo tolerable en su conducta predatoria abierta. Las agencias ya estaban hartas. Aunque filosóficamente en favor de implementación gubernamental, USAID en Haití se dispuso a financiar actividades a través de canales no-gubernamentales. El proyecto se aprobó, abriendo así una puerta inesperada para la evolución de **eclesia arborícola**

Proyecto Agroforestal Haitiano

Concretizamos tales ideas abstractas con un programa compuesto de tres elementos autónomos: (a) técnicas; (b) incentivos locales; y (c) involucramiento directo de las Iglesias como implementadoras. Cada elemento merece una breve discusión.

Componente Técnico: Agrosilvicultura

Con respecto a lo primero, las decisiones técnicas se hicieron con miras a la realidad de una clientela campesina de recursos bajos y presiones económicas altas. Las decisiones técnicas más importantes eran las siguientes:

1. Árboles xerófitos de crecimiento rápido y de madera localmente comerciable para combustible o construcción. Empezamos con *Leucaena*, *Cassia*, *Casuarina*, *Eucalyptus*,

Azadaricta (el nim), y -- para regiones más elevadas -- el pino. Ya se ha diversificado el menú con decenas de especies adicionales.

2. Sistema de vivero de recipientes pequeños que produzcan plantas fácilmente transportables.
3. Intercalamiento de árboles con cultivos tradicionales para facilitar la participación aún de familias campesinas con poca tierra. Este modelo intercalado produce, no la reforestación, sino la agrosilvicultura.

Incentivo Básico: árbol Como Propiedad Doméstica Rentable

Para incentivar la participación campesina dejamos al lado las homilías ecológicas tradicionales y tomamos medidas concretas para asegurar la rentabilidad de los árboles al pequeño productor.

1. Encajamos el árbol en un modo de producción doméstica, insistiendo que el árbol no pertenecería ni al Estado ni a la comunidad, sino a la familia que lo sembraba en sus terrenos.
2. Informamos que los sembradores podrían cosechar el árbol sin permiso del proyecto.
3. Rehusamos pagar sueldos en dinero o en alimentos para plantar árboles. (Como no se le paga a un propietario por sembrar las habichuelas o el café que va a vender, tampoco se le pagaría por sembrar esta cosecha nueva, la madera.) Ayudaríamos de otra manera, bajándole los costos de producción mediante donación de 500 plántulas a cada familia.

Esta última medida ha suscitado la preocupación de algunos observadores, quienes están en contra de subsidiar artificialmente al campesino, para "no dañarlo." Notamos que los comentaristas, sin excepción, tienen sus sueldos asegurados y que muchos de ellos ven como natural la práctica de utilizar fondos de desarrollo para suplementar los sueldos de funcionarios y suministrarles vehículos y viáticos. Por lo tanto sus argumentos filosóficos en contra de un regalo de plantas a una familia campesina parecían sospechosos. **Componente Institucional: La Iglesia Mediadora**

El principio abstracto de colaborar con instituciones religiosas tomó la siguiente forma concreta.

1. En vez de interactuar directamente con decenas y quizás centenares de iglesias locales, USAID optó por un modelo administrativo más aglizado. Se escogió un donatario principal (una fundación privada) que recibió bajo contrato una donación de millones de dólares. Sería este donatario principal quien entraría en contacto directo con las iglesias locales, utilizando mecanismos administrativos aglizados para hacer "subdonaciones" (subgrants) más pequeños.
2. La entidad seleccionada nos contrató (bajo sugerencia de USAID) como director del proyecto por los primeros dos años. Abrimos la oficina central del proyecto en Puerto Príncipe y contratamos los servicios de varios técnicos forestales para encabezar oficinas regionales en distintas regiones del país.
3. Nos pusimos en contacto con organizaciones, parroquias, e iglesias en todo el país, comunicándoles los elementos esenciales del proyecto e invitándoles a colaborar con nosotros en el flujo de árboles rentables a las comunidades en que funcionaban. Señalamos que no se permitiría restringir los árboles a individuos de una u otra religión.
6. Se firmaba luego un convenio informal (todo en créole). El proyecto se comprometía a abastecer plantas transportables, asesoría técnica para la siembra y el seguimiento, sueldos modestos para los coordinadores locales de las actividades, y gastos de administración (de 15% del total de la donación) para la iglesia colaboradora.
7. El aporte más importante de la iglesia colaboradora sería el de canalizador. El mecanismo principal de enlace sería la identificación por parte de las iglesias de campesinos promotores locales (animatè) en cada comunidad participante. Podían ser individuos que ya habían trabajado con la Iglesia en otros proyectos. Recomendamos sólo que fuesen agricultores y que residieran en el mismo campo donde trabajarían. A estos promotores se les compensaba, no sólo con los árboles que recibían los demás miembros de la comunidad, sino también con salarios modestos basados en el tiempo que invertían en tareas de coordinación y promoción. Es decir, el grueso de las responsabilidades operativas locales caería, no sobre extranjeros ni sobre sacerdotes ni sobre haitianos urbanos contratados por el proyecto, sino sobre representantes locales del mismo sector campesino.

Esta estructura Institucional funcionó (y funciona) estupendamente. El campesino haitiano tiene mucha más confianza en la Iglesia que en el Estado. Y los promotores campesinos, por sus antecedentes locales, suscitan más confianza que promotores – aún haitianos – importados desde otros pueblos o ciudades. Aunque cualquier sistema de compensación tiene sus bemoles, la recompensa modesta por ajuste resultó muy eficaz en mediar entre el martillo del voluntarismo y el yunque del sueldo a tiempo completo. Fue este empleo de promotores campesinos, auspiciados por iglesias locales, lo que permitió al proyecto realizar en menos de dos años los objetivos que habían sido fijados para cuatro.

Discusión

Resultados Preliminares

El proyecto se ha evaluado en varias ocasiones (Balzano, 1989; Buffum & King, 1985; Conway, 1986; Lauwerysen, 1985; Murray, 1987). Entre los resultados se cuentan los siguientes.

- * El proyecto se había comprometido con USAID a alcanzar 6,000 familias campesinas con 3 millones de árboles en cuatro años. (El compromiso fue hecho con nerviosismo, ya que el proyecto entero se basaba en una teoría antropológica sobre una conducta económica campesina nunca antes vista en Haití). Sin embargo la respuesta campesina fue extraordinaria y sin precedentes. Al enterarse que se trataba de árboles de crecimiento rápido, propiedad de ellos mismos, facilitados por grupos religiosos locales que ellos conocían, y que tendrían el derecho de cortar y vender la madera cuando ellos mismos decidieran, se inscribieron por millares en la lista de campesinos arborícolas. En vez de 3 millones de árboles, el proyecto sembró 20 millones en los primeros cuatro años.
- * Debido a su éxito el proyecto fue refinanciado por USAID y todavía sigue en pie. Un informe del Banco Mundial indica que unas 200,000 familias campesinas ya sembraron más de 50 millones de árboles del proyecto, alcanzando así 20% de la población rural del país.
- * Los campesinos ya están cosechando y beneficiándose de la madera sembrada. En el 1989 visitamos comunidades donde ya habían construido casas con madera sembrada en 1982. Parte de la madera cosechada la usa el mismo propietario, pero la mayor parte se vende en mercados locales. El caso más

famoso es el del campesino que vendió por U.S. \$1,000 la leucaena que había sembrado años atrás.

- * Muchas de las iglesias participantes ya están financiando esta clase de agrosilvicultura con sus propios fondos, independizándose así del Proyecto y garantizando su continuidad cuando éste desaparezca.
- * La renuencia tradicional de los campesinos haitianos hacia proyectos de árboles ha desaparecido. El personal del proyecto estima que la cantidad de plantadores fácilmente podría duplicarse o triplicarse si tuvieran la capacidad de producir plantas en suficiente cantidad.

En resumen varios principios antropológicos fueron concretizados metodológicamente en el proyecto que describimos en estas páginas. Los resultados positivos preliminares de este enfoque suscitan la posibilidad, no sólo de continuarlo en Haití, sino también explorar su posible replicabilidad en otros contextos.

Aplicabilidad del Modelo en Suelo Dominicano

Varios proyectos ambientales se han lanzado ya en la República Dominicana. Entre los que hemos observado son Plan Sierra, con sede en San José de las Matas, y un proyecto agroforestal de la fundación Progressio en la región de San José de Ocoa. Antes de emitir conclusiones sobre la aplicabilidad de cualquier modelo programático a la situación dominicana, se necesita una evaluación de éstos y semejantes programas.

Mecanismos facilitadores

Aún en ausencia de tal análisis, podemos avanzar algunas observaciones. El modelo agroforestal de Haití parece aplicable a este país por tres razones importantes:

1. El campesino dominicano comparte por lo general dos variables claves con su contraparte haitiano: (a) empleo de un modo doméstico de producción; y (b) orientación hacia el mercado más que a la autosuficiencia.
2. Al igual que en Haití en la República Dominicana hay escasez de madera y un mercado local fuerte, tanto para carbón como para madera de construcción. La madera sería buen negocio.
3. La Iglesia católica en la República Dominicana ya ha dado pasos directos y abiertos para intervenir positivamente en

asuntos ecológicos. El Plan Sierra desde sus inicios goza del patrocinio del arzobispado de Santiago y de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Muchas de las actividades agroforestales más dinámicas en la región de San José de Ocoa han sido patrocinadas por un párroco local. En 1987 la conferencia del Episcopado Dominicano promulgó una carta pastoral sobre la relación del hombre con la naturaleza. Desconocemos las actividades de las Iglesias protestantes en el rubro ecológico, pero sospechamos que una investigación revelaría varios proyectos agroforestales locales.

Barreras a la aplicabilidad

Sin embargo vemos tres posibles barreras del lado dominicano.

1. La teoría forestal oficial hacia los árboles, y la expresión política real de esta teoría, continúan siendo proteccionistas y punitivas más bien que incentivadoras. El que quiera sembrar árboles en su propio terreno para luego cosechar la madera necesita un permiso gubernamental. A pesar de que en teoría existan mecanismos para conseguir permisos, en la práctica se oyen expresiones de incertidumbre en cuanto a la posible revocación de esos permisos de corte después de haber invertido dinero, labor, y tierra en la siembra de árboles. Esta incertidumbre aumenta cuanto menos poderoso es el posible plantador de árboles. Si a los grandes les cuesta trabajo obtener los permisos, los pequeños ni se molestarán en arriesgarse.
2. Por lo menos algunos sectores de la Iglesia dominicana parecen considerar como mal hábito la orientación mercantil del campesino antillano. Hemos visto proyectos que tratan de fomentar modelos de autosuficiencia y retiro parcial del mercado por parte del campesino. Este modelo, a pesar de sus buenas intenciones, choca con la realidad antropológica de las Antillas. Dudamos seriamente que los campesinos responderán enérgicamente a un llamado de sembrar árboles exclusiva o principalmente para su uso doméstico personal. Pero sí responderán a un llamado a sembrar árboles para cosechar madera comerciable si el proyecto facilita las plantas bajo condiciones favorables y con garantías usufructuarias convincentes.
3. El contenido de muchos mensajes pastorales sugiere la persistencia entre algunos de una visión idealista tradicional

del rol de la Iglesia. Bajo tal modelo la Iglesia se limitaría a la promulgación de exhortaciones ecológicas piadosas, a la transformación de mentes y corazones, dejando que otros busquen recursos para implementar las ideas nobles.

Puntos esenciales

A pesar de estas barreras consideramos que hay varios elementos del proyecto agroforestal haitiano que podrían implementarse en la República Dominicana. Lo esencial es:

1. Reemplazar mensajes conservacionistas o proteccionistas, sustituyendo a cambio el tema de producción activa de la madera.
2. Implementar un modelo doméstico, garantizando derechos de corte y venta de árboles a las familias plantadoras.
3. Aceptar la importancia, en el contexto postcolonial antillano, del mercado como una fuerza motriz importante.
4. Implementar el proyecto con grupos no-gubernamentales.

Para esta misión a largo plazo la Iglesia goza de tres ventajas sobre las organizaciones estatales e internacionales y sobre las compañías del sector privado: (a) la población rural por lo general confía en la Iglesia más que en los gobiernos o en las compañías privadas; (b) sus representantes más fácilmente se comprometen a buscar ventajas económicas para la población sin desviar programas hacia su propio lucro personal; y (c) su presencia global facilita la rápida difusión internacional de ideas y procedimientos.

El grupo religioso local que logre la promoción de árboles, y comunique los elementos generalizables a través de canales religiosos internacionales, tendrá la satisfacción de saber que sus actividades podrían tener importancia e implicaciones globales.

BIBLIOGRAFIA

- Balzano, A. 1989 *Tree-planting in Haiti: Agroforestry and rural development in a local context*. Ph.D dissertation, Rutgers U.

- Buffum, W. & W. King 1985. Small farmer decision making and tree planting: Agroforestry extension recommendation. Port-au-Prince: Pan-American Development Foundation.
- Conway, F. 1979. A study of the fuelwood situation in Haiti. Port-au-Prince: USAID.
- . 1986b. Synthesis of socio-economic findings about participants in the USAID/Haiti Agroforestry Outreach Project. Port-au-Prince: AID/U. of Maine Outreach Research Project.
- Harris, M. 1980. **Cultural materialism: The struggle for a science of culture**. New York: Random House
- Lauwerysen, H. 1985. Socioeconomic study of two tree-planting communities. Port-au-Prince: Pan-American Development Foundation.
- Murray, G. 1977. The Evolution of Haitian Peasant Land Tenure: A Case Study in Agrarian Adaptation to Population Growth. Unpublished Ph.D. Thesis, Columbia University.
- . 1979. Terraces, trees, and the Haitian peasant: An assessment of twenty-five years of erosion control in rural Haiti. Port-au-Prince: USAID.
- . 1987. The domestication of wood in Haiti: A case study in applied evolution. In R. Wulff and S. Fiske, (Eds.) **Anthropological Praxis: Translating Knowledge into Action** (pp. 223-242). Boulder: Westview Press.
- Smith, R. 1980. The potential of charcoal plantations for Haiti. Port-au-Prince: USAID.
- Smucker, G. 1981. Trees and charcoal in haitian peasant economy: A feasibility study of reforestation. Port-au-Prince: USAID.
- Zuvekas, C., Jr. 1978. Agricultural development in Haiti: An assessment of sector problems, policies, and prospects under conditions of severe soil erosion. Washington, D.C.: USAID.